

Historia de un bibliófilo al servicio de los lectores

La biblioteca Manuel Ruiz Luque de Montilla (Córdoba)

En algunas biografías un episodio singular puede justificar toda una vida. En otras ocasiones, las menos, es una trayectoria vital al completo la que ilumina y enriquece todo un perfil, dándole carácter relevante a todas las acciones de su protagonista, definiendo un sentido. Este es el caso extraordinario de la vida de un ejemplo de bibliófilo, la del montillano Manuel Ruiz Luque, quien a lo largo de cincuenta años ha conseguido reunir un conjunto de obras de calidad y rareza excepcionales (entre los que se encuentra el manuscrito fundacional de la Cartuja de Sevilla), con un rico pasado, un incomparable presente y un muy interesante futuro...

Montserrat Roig entrevistaba en 1990 a Manuel Ruiz Luque y hablando de los inicios de su biblioteca, el bibliófilo recordó el viejo adagio chino: “Un camino de un millón de pasos, empieza por el primer paso”. Ese primer paso, aquellos apasionantes comienzos de su amada biblioteca hay que rastrearlos en los años cincuenta, cuando España apenas está saliendo de lo más duro de la posguerra y comienza lentamente la reconstrucción. La afición comienza con lo propio de un jovencuelo de dieciséis años, los (hoy codiciados) programas de cine, las “aventuras”, cualquier peregrino papel impreso por cualquier peregrino motivo (un homenaje, una efeméride, un centenario). Todo ello se iba acumulando con generosa desproporción en sus golosas manos, de modo que el “salto” al libro era previsible y casi obligado. Si se observa desde una óptica racional, nada invitaba a pensar que en una pequeña ciudad de provincias, donde el libro era poco menos que un objeto de lujo, sin tradición bibliotecaria y con escasos recursos familiares para dedicarse a una pasión como la bibliofilia, totalmente incompatible con la escasez, iba a surgir uno de los mejores bibliófilos españoles de las últimas décadas. Pero así fue, porque la historia del experto Manuel Ruiz Luque es, ante todo, la historia de una voluntad, de una constancia, de una curiosidad insaciable y desde esa perspectiva sí es explicable que llegase a reunir un excepcional conjunto de libros.

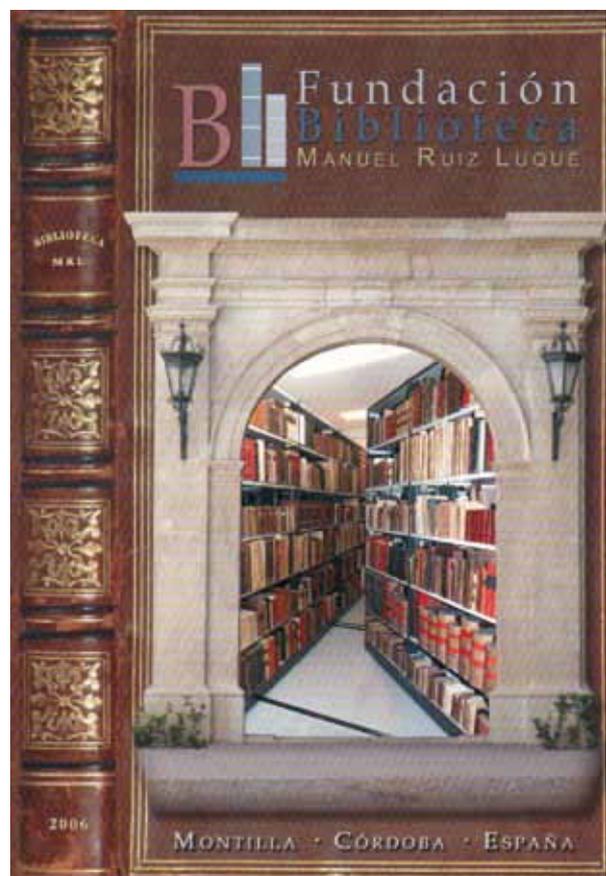
De las colecciones al libro

Como la de tantos hombres y mujeres de su generación, segada por la violencia de la guerra incivil, la vida de Manuel Ruiz Luque es la del hombre hecho a sí mismo, la del autodidacta movido por una irresistible curiosidad, un irrefrenable afán de saber nutrido de una clarividente inteligencia y una temprana inclinación al coleccionismo. Iniciado como una herencia familiar, el hábito de acoger y ordenar curiosidades cobró pronto en el joven Manuel una inclinación por el papel impreso, primero, en forma de pequeñas piezas de surtidos, esos productos menores de la tipografía de su tiempo, elementos de consumo inmediato que no tardaron en convertirse en perfectos testimonios de una época y, en manos del cuidadoso compilador, en un tesoro de la memoria escrita y grabada. Papeles volanderos, revistas de corta vida y aún más corto radio de difusión, impresos de ocasión... todo un pasto de chamarileiro, convertido en valiosa colección por el cariño y la lucidez de quien, más allá de la voluntad de recoger, fue encontrando progresivamente un sentido a su quehacer. Mantenido por afición, al margen de sus ocupaciones profesionales, el coleccionismo se convierte en una pasión, que pasa pronto del gusto de recopilador al interés de los objetos. Entre tanta pieza impresa, quien comienza a firmar sus trabajos

El bibliófilo Ruiz Luque ha concebido la historia local en un sentido amplio, de modo que incluye entre sus intereses la geografía, la etnología, el folklore o la antropología.

fotográficos como Ruquel encuentra el libro, ese objeto que, a diferencia de otros productos tipográficos, nace con una voluntad de permanencia, de convertirse en memoria de las cosas, en archivo del recuerdo, un camino, por tanto, hacia ese pasado que el coleccionista ansiaba conocer porque sabía que en él se encontraban las raíces del presente, la explicación de muchas de sus circunstancias y la lección para superarlas y construir el futuro.

El libro pasa a ser algo más que el objeto destacado de la colección y cobra entidad por sí mismo, abriendo las puertas a unos conocimientos antes apenas intuidos, pero tras los que oscuramente corría el gusto por los papeles del aún joven co-



Folleto de la biblioteca Manuel Ruiz Luque



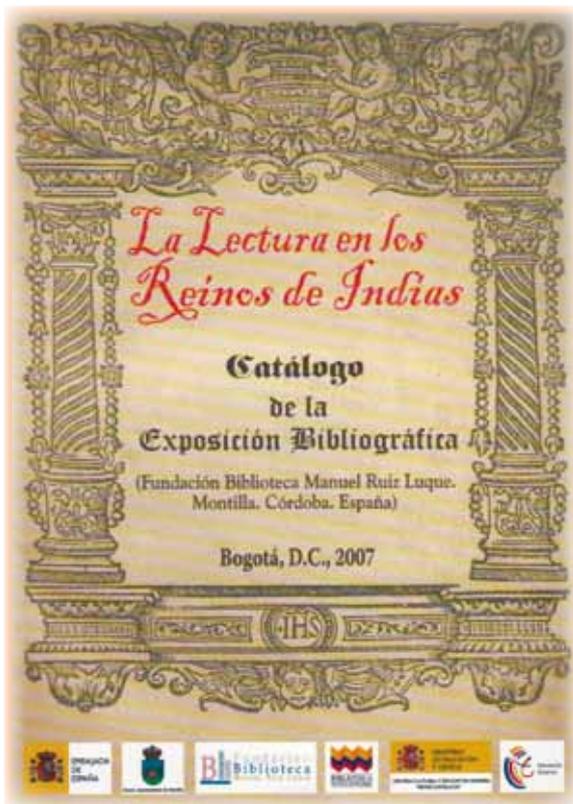
Visita de historiadores a la biblioteca. Entre otros, D. Manuel Tuñón de Lara, D. José Calvo Poyato, D. Antonio Barragán, D. José Luis Casas. (1982)



Visita a la biblioteca de D. Julio Anguita, D. Herminio Trigo y D. Rafael Molina Arrabal. (1983)

leccionista. Y pasa entonces a convertirse en lector. Porque Manolo, el maestro, no es de aquellos para quienes el libro es un valor de cambio, un objeto evaluable en términos económicos. Él no solo consigue, reúne y ordena sus libros. También se sumerge en sus páginas y en ellas confirma su convicción de que los saberes que atesoran lo son para ser compartidos, para llegar a muchos lectores. Creo que a todos nos sorprendió y nos cautivó una frase, tantas veces repetida, cuando la escuchamos por primera vez en los encuentros más tempranos con el admirado y respetado bibliófilo: “Ese libro lo te-

nemos”. No era un plural de modestia. La forma gramatical estaba usada en su sentido más pleno: el libro del que se hablaba y del que uno (o varios) de sus ejemplares reposaba en los estantes del maestro, estaba siempre a disposición de quien quisiera leerlo, como una invitación permanente para convertir su lectura en una experiencia y en un aprendizaje. *Rara avis* en el mundo lleno de manías de la bibliofilia, como realmente disfrutaba y aun disfruta el maestro es dando a leer sus libros, devolviéndoles su sentido como parte de un patrimonio común, sólo vivo cuando es compartido.



Antigua Biblioteca Universidad de Santiago

Los fondos de aquella naciente biblioteca estaban exclusivamente constituidos por impresos montillanos. Montilla tuvo imprenta en el primer tercio del siglo XVII y con algunos altibajos, la tradición impresora llega hasta el siglo XX con una razonable producción. No hace falta decir que estos primitivos impresos montillanos –todos de suma rareza– proporcionaron a Ruiz Luque las primeras noches de insomnio. Varios de ellos figuraban en la fatídica lista de Simón Díaz de “libros a buscar” (libros de los que se conocía su existencia pero sin ejemplares localizados) dato que hubiera desanimado a cualquiera. Diez años más tarde, hacia 1970, Ruiz Luque mostraba, no uno sino varios ejemplares de esas obras desconocidas (*Panegírico por la poesía*, Montilla 1627, *Maravillas de naturaleza*, Montilla 1629) y dos perfectos ejemplares de las “inexistentes” *Fiestas de Vaena*, Montilla 1628, amén de otras rarezas. A esos impresos se sumaron los manuscritos del siglo XVIII sobre historia de Montilla y sobre esa base se sustentó la vocación esencial de la biblioteca: las historias locales. En este aspecto, la biblioteca es una de las más ricas y variadas de las que existen en España. Están todas las obras importantes y un buen número de las secundarias, incluyendo miles de folletos o material efímero,

muy difícil de hallar en otra biblioteca. El bibliófilo ha concebido la historia local en un sentido amplio, de modo que incluye entre sus intereses la geografía, la etnología, el folklore o la antropología. También se interesa por la prensa histórica, la literatura social y un generoso elenco misceláneo donde se pueden espigar raros ejemplares de libros de viajes, tratados morales, arqueología, tratados científicos, o literatura áurea.

En esa época la biblioteca estaba situada en el domicilio de Manuel Ruiz Luque, en una estancia independiente construida al efecto. Pero, poco a poco, como la bibliofilia tiende a la expansión, la casa se iba poblando de libros, ante la mirada atónita de su mujer e hijos. Así que se hizo necesario trasladar parte de la biblioteca a otra casa y a finales de los ochenta, a una tercera sede, como las demás, repletas de volúmenes, aunque el fondo antiguo permanecía en su primitiva ubicación.

De los libros a la cultura

Afición y memoria se convierten en proyecto en las manos y en la voluntad de quien ya acumulaba un tesoro y, sobre todo sabía, que lo sería plenamente si se entrañaba en su tierra y se ponía al servicio de sus conciudadanos; ciertamente, estos eran en primer lugar los habitantes de Montilla, pero el sentido de esa palabra era y es mucho más amplio para quien se siente, como ser humano, ciudadano del mundo. Así surge el empeño de conseguir que el valor de la colección se incremente por su uso, convirtiendo sus miles de volúmenes en el corazón vivo de una empresa cultural, una empresa que comienza en los estantes de esa biblioteca que hoy es patrimonio público y que desde ellos se proyecta en foco activo para el cultivo de la memoria, el conocimiento del presente y la construcción del futuro.

Solo desde la generosidad que da la lucidez, desde el conocimiento que da la pasión, invirtiendo las palabras de Gil de Biedma, se asume en toda su exten-

*No estamos ante el clásico
coleccionista desconfiado
y medroso que oculta sus
posesiones, todo lo contrario.
Manolo siempre ha puesto a
disposición de los estudiosos
—tras un prudente periodo de
lloro y súplica— sus codiciados
ejemplares.*



El célebre hispanista, D. Aurelio Miró Quesada, en una exposición de los fondos de la biblioteca de Manuel Ruiz Luque. (1993)

sión la ardua tarea del bibliófilo para convertir en un bien común lo que comenzó siendo una afición privada, y aún sigue siéndolo. Solo desde la vitalidad de ese afán de coleccionista, de esa devoción por el libro y su sabiduría, desde esa convicción en el poder de la cultura se explica la Fundación que hoy lleva el nombre de su creador, pero no sin anteponer antes la palabra mágica, “biblioteca”. Con su empeño este término deja de designar un mero depósito de libros, un almacén de objetos muertos, y pasa a convertirse en foco de vida cultural, un espacio para el encuentro, que recibe la visita de lectores, meros curiosos o reputados investigadores venidos del otro lado del mar, y también genera actividades en torno al libro: exposiciones, presentación de novedades, lecturas... todo un programa destinado a un fin único, casi obsesivo: extender la pasión por la cultura, arraigar el conocimiento, hacer de la memoria el sustento de la vida.

Hacia 1970 la biblioteca está plenamente constituida, alrededor de un extraordinario conjunto de historias locales de toda España, a las que el bibliófilo va añadiendo ediciones *princeps* de algunos ingenios del Siglo de Oro, las primeras impresiones de las obras de personajes vinculados con Montilla (El Inca Garcilaso, San Juan de Ávila) y una buena porción de “caprichos” bibliográficos, entre los que sobresalen las raras y cuidadas ediciones del sevillano Enrique Rasco. En esta época la biblioteca comienza a generar una dinámica en cuyo centro está Ruiz Luque. A su estudio acuden profesores e investigadores a la caza de la pieza de difícil acceso la cual es mostrada por el bibliófilo con una sonrisa de satisfacción. Hay que decir que no estamos ante el clásico coleccionista desconfiado y medroso que oculta sus posesiones, todo lo contrario. Manolo siempre ha puesto a disposición de los estudiosos –tras un prudente periodo de lloro y súplica– sus codiciados ejemplares, de modo que sin contar con respaldo económico alguno, desde la biblioteca se urdieron estudios, se facsimilaron raros títulos y se realizaron tesinas y tesis doctorales. Cualquier exposición bibliográfica que aspirase a presentar lo mejor, debía contar con los fondos sabiamente reunidos por la mano experta de Ruiz Luque, que los cedía siempre generosamente.

Figuras de la talla de Enrique Tierno Galván, Carlos Castilla del Pino, Manuel Tuñón de Lara, Pedro M. Cátedra o Víctor Infantes, entre tantos otros, quisieron conocer *de visu* las joyas bibliográficas de las que la prensa comenzaba ya a hacerse eco en ocasiones. Fue, pues, la biblioteca de Manuel Ruiz Luque, desde sus comienzos, un lugar abierto, amical, donde se estudiaba y se debatía y desde donde se publicaron más de doscientos títulos –la mayoría re-

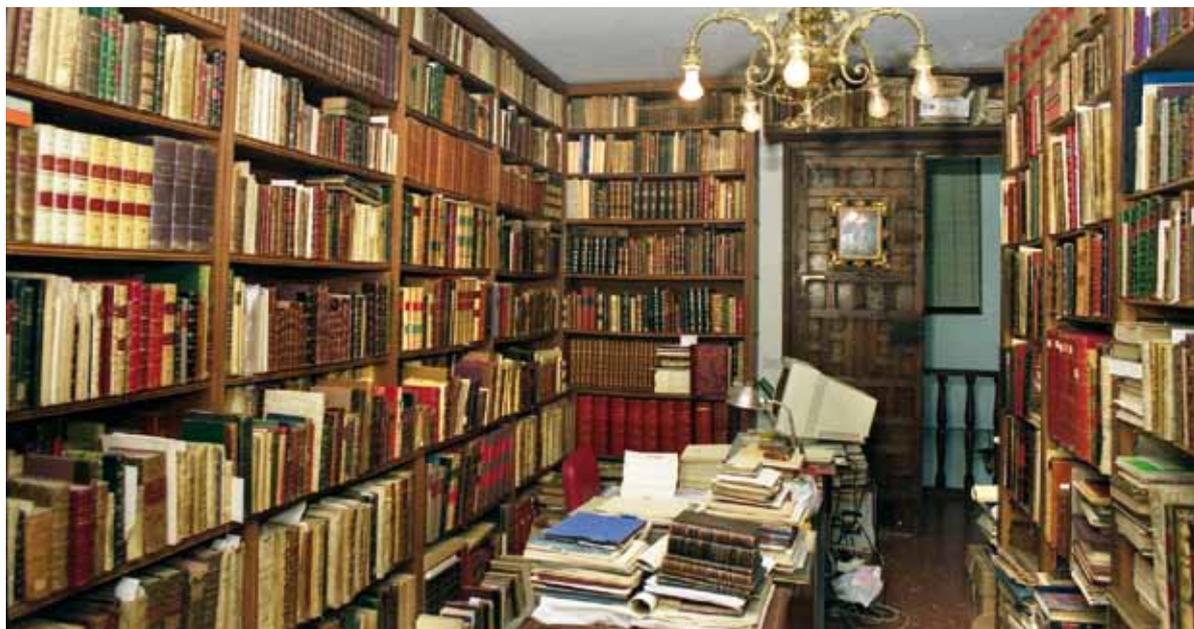
lativos a Montilla– que enriquecieron notablemente nuestro acervo bibliográfico.

Vinieron más libros y más personalidades (Aurelio Miró Quesada, Juan Luis Cebrián, Manuel Pimentel, Carmen Calvo) en la dorada década de los noventa y al filo del año 2000, una feliz confluencia entre el Excmo. Ayuntamiento de Montilla y Manuel Ruiz Luque dan como fruto la creación de una Fundación

Un aristocrático palacete montillano –la Casa de las Aguas– compartido con el Museo Garnelo, alberga la mítica biblioteca, compuesta en la actualidad por unos 35.000 volúmenes.

que asegure para la posteridad la conservación, difusión y puesta en uso de los libros y manuscritos reunidos, durante toda su vida por el bibliófilo montillano. Un aristocrático palacete –la Casa de las Aguas– compartido con el Museo Garnelo, alberga la mítica biblioteca, compuesta en la actualidad por unos 35.000 volúmenes.

Las modernas instalaciones cuentan con una amplia sala de investigadores, una sala de consulta general, la hemeroteca y el depósito. Una parte significativa del fondo antiguo comienza a estar disponible, digitalizado, en la Biblioteca Virtual de Andalucía y



Sede original de la biblioteca de Manuel Ruiz Luque, en 1978.



Sala de investigadores.



Depósito de fondo antiguo.

también el lector puede consultar los más de cien facsímiles que la Editorial Extramuros ha puesto a disposición del interesado con algunos de los tesoros que alberga la biblioteca montillana.

En cuanto a los planes de futuro de la biblioteca, se establecen anualmente en el Plan de Actuación aprobado por la Fundación y son coincidentes con la vocación de servicio a la comunidad académica. Existe un convenio con la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, del que se ha desarrollado una primera fase, para la digitalización de fondos con destino a su Biblioteca Virtual y con el Ministerio de Cultura para la colaboración con el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español. Del mismo modo, la Fundación participa en un buen número de exposiciones de rango autonómico o estatal para las que se le solicita la cesión temporal de ejemplares y facilita la edición de facsímiles.

Con el nuevo milenio, llegaron también los honores y reconocimientos (Medalla de Oro de Andalucía, Premio “Tomás de Aquino” de la Universidad de Córdoba, “Cordobés del año” 2007) a una vida consagrada al libro. Aunque en España los honores suelen concederse a título póstumo, no ha sido así en el caso de Manuel Ruiz Luque, de modo que es posible

encontrarlo cualquier día en la biblioteca que lleva su nombre, constatando que el fruto de su trabajo, sus amados libros, rinden un gran servicio a la comunidad académica, conforme a sus deseos y bajo su atenta mirada.

Las modernas instalaciones cuentan con una amplia sala de investigadores, una sala de consulta general, la hemeroteca y el depósito.

Quienes conocen el mundo de la bibliofilia saben de sobra que en la mayoría de los casos cuando un libro cae en las manos de un coleccionista desaparece del escenario, porque el secreto es uno de los más valiosos adobos del libro antiguo. Quienes conocen el mundo de la bibliofilia, del estudio, de la cultura, también saben que cuando Manolo adquiere un libro es para ocupar un lugar en la escena, para ponerse bajo las luces que propician la lectura, la vida. ▴